

“¿UNA HISTORIA TEÓRICA? REFLEXIONES SOBRE LA CONCEPCIÓN PRESENTE Y FUTURA DE LA HISTORIA”

MANUEL CHAMORRO TAMUREJO

RESUMEN

This article is a daring reflexion about the future possibilities of the utilization of general theories in the research of History and about the contributions that coming from other sciences or disciplines, could be considered useful for this aim. Definitively, it is necessary that this change affects History.

SUMMARY

Este artículo es una reflexión un tanto atrevida, acerca de las posibilidades futuras de utilización de teorías generales en el trabajo de Historia y sobre las aportaciones que, procedentes de otras disciplinas o ciencias, podrían considerarse para esta finalidad. En definitiva, la necesidad de que el cambio llegue también a la Historia debe ser tenida en cuenta.

1. UNA VISIÓN “POSITIVISTA” DE LA HISTORIA

El positivismo fue un movimiento cultural característico de la centuria decimonónica que pretendía enfocar la resolución de los problemas históricos mediante un enfoque detallista y descriptivo de las fuentes, de los acontecimientos y de las relaciones existentes entre ellos. Se sentía especialmente atraído por la acumulación de datos y más datos, es decir, de fechas, estadísticas, hazañas bélicas, hasta el extremo de llegar a marear la memoria mejor organizada. En efecto, el trabajo de reconstrucción y de síntesis era de tal envergadura, que resultó imposible establecer leyes generales, su pretensión inicial, con lo que éstas terminaron rechazándose en beneficio de una mayor profundidad y detallismo en el tratamiento.

Pues bien, en relación a los fenómenos históricos, puede asegurarse que el positivismo no ha muerto aún, o al menos, el espíritu por él creado. Así es, cuando hablamos hoy de positivismo, no estamos haciendo referencia a una corriente historiográfica concreta, sino a una concepción de la Historia entendida en un sentido general, amplio, como “historia terminológica” escasamente conceptual o teórica. “Y los términos – indica el profesor R. de las Heras – proporcionan el mismo servicio que las piedras que sobresalen de la superficie del riachuelo y que permiten atravesarlo con cierta inestabilidad y prisa. De la misma manera, (el estudiante) atraviesa un curso de historia, saltando de término en término. No hay (...) exigencia conceptual en la didáctica de la Historia como no la hay de la “teoría” en la investigación”. (R. de las Heras, 1983: 58).

Y este enfoque preteórico o protocientífico sigue aún vigente bajo formas más o menos veladas de una historia social, económica o de las instituciones. La consecuencia más probable es que “el árbol del conocimiento corre el riesgo de derrumbarse bajo el peso de sus frutos, aplastando a Adán, a Eva y a la infeliz serpiente”. (Morin, 1982: 55).

Pero, ¿cómo han creído los historiadores actuales dar solución al tremendo bagaje de datos acumulados que, más o menos ciegamente, los sucesivos trabajos de investigación van sacando a la luz?. Estudiando cada vez parcelas más pequeñas de cada rama del saber, es decir, “se intenta vencer la resistencia del objeto de estudio a ser comprendido con su multifraccionamiento. Sin embargo, los resultados de la hiperespecialización dentro de cada disciplina no dan satisfacción, sino más bien ansiedad (...). Por mucho que reduzcamos nuestro objeto de estudio no por ello lo cerramos (confusión epistemológica frecuente) (...). La disección nos proporciona partes abiertas que nos reenvían al todo (...) y no es posible realizar la recomposición”. (R. de las Heras, 1981: 659-661).

Por tanto, la pregunta que encabeza este artículo presenta una contestación compleja y controvertida. En este sentido hay dos posibles opiniones enfrentadas y hasta cierto punto, simplistas:

– La opinión “ortodoxa” para la cual el devenir histórico es totalmente accidental: la historia no se repite; de ahí que únicamente pueda ser idiográfica: sucesión de acontecimientos imprevisibles o al menos dependientes de la actuación de crueles dictadores, despóticos reyes, traiciones, complotos, batallas, ignorancia, necesidades materiales, etc.

– La Historia “heterodoxa” que entiende lo contrario y sus defensores han tratado de elaborar una Historia causal, cíclica, nomotética, a través de una serie de “leyes” generalmente deterministas, que ellos consideran útiles para explicar el desarrollo de los fenómenos (Vico, Marx, Toynbee, Spengler...). En su opinión, los acontecimientos macrohistóricos –aquellos que se producen en grandes espacios y tiempos prolongados– serían obra de “fuerzas históricas” (ideologías, grupos de presión de carácter económico o demográfico...) y estarían casi siempre condicionados.

Por eso, los hombres quedarían reducidos a una pieza más del engranaje de esa máquina histórica y por tanto, como cualquier otra, quizá parcialmente reemplazables. A lo sumo podrían imaginarse como “disparadores” o catalizadores del proceso histórico pero en modo alguno, totalmente definidores del mismo.

2. EL “SHOCK” DEL FUTURO DE LA CIENCIA HISTÓRICA

Nuestra intención es, sin decantarnos a favor de una u otra opinión, excluyendo tanto la preeminencia absoluta del azar como la del determinismo en los procesos históricos, llevar a cabo una reflexión que considere prioritaria la necesidad de teorizar, de metabolizar la información (R. de las Heras, 1983), de reutilizar conceptos que sean extraídos de otras disciplinas, y por consiguiente, de insistir en una nueva visión histórica que evite ser comprendida y estudiada por medio de frecuentes, y a veces forzadas subdivisiones en “compartimentos estancos”, visión que conduciría a una superespecialización disyuntiva, más o menos impuesta por la enorme cantidad de información disponible al servicio del especialista. Así evitaríamos hablar de especialistas en Historia Antigua, Medieval, etc, o en Historia política, económica o demográfica y hablaríamos simplemente de historiadores en su sentido amplio, que no sienten rubor al echar mano de otras disciplinas auxiliares a la suya.

Ya es la hora por tanto, de ir abandonando paulatinamente esta actitud pedagógica. El cambio cae como un alud sobre nuestras cabezas y la mayoría de los historiadores nos vamos a en-

contrar desgraciadamente, no preparados para enfrentarnos a él.. Resulta una tesis cada vez más unánimemente admitida la necesidad de una visión y comprensión “interdisciplinaria” de la sociedad en la cual debe apoyarse la Historia si la queremos elevar a la categoría de ciencia. Es preciso de este modo, una colaboración fecunda entre las diversas disciplinas abatiendo los muros que las separan. No se trataría de disolver el humanismo para poder constituir científicamente las ciencias sociales sino de enfocar el comportamiento humano desde otro punto de vista: el de la Historia como “sistema” y como “crisis” y “conflicto”.

Pues bien, si en gran medida esta actitud está ya suficientemente asimilada entre la generalidad, ¿por qué todavía no se ha llevado a la práctica?. Porque los profesores de Historia nos hemos acostumbrado a recoger pasivamente de determinadas instancias académicas o institucionales, cierto caudal informativo y metodológico y aunque consideremos que nuestras ideas se encuentran, en mayor o menor medida, en la cresta de la ola, en la práctica nos resulta bastante difícil el cambio al seguir arrastrando el pesado lastre del pasado al que consideramos en el fondo, como un mal necesario.

Por lo tanto, ¿es que aún nos encontramos presos de una Historia tradicional, “positivista”, oficial?. Si entendemos el positivismo en sentido amplio, al igual que hace el profesor R. de las Heras, al identificarlo con falta de “teoría”, “método” y “laboratorio” (R. de las Heras, 1981: 665), poco se ha avanzado en este sentido, aunque casi resulta innecesario señalar que el cambio político propiciado a raíz de la transición política española significó un mejor ambiente de libertad de expresión que obviamente, ha debido influir a medio plazo, en materia pedagógica.

Todo lo más, la investigación histórica ha avanzado sirviéndose de “proyecciones retrospectivas interpoladoras” (Bunge, 1969), esto es, basadas en estimaciones aportadas por datos y fuentes de información de índole diversa. De esta suerte se han efectuado “retroediciones laxas”, es decir, proyecciones hechas “con la ayuda de teorías científicas y datos más supuestos referentes a líneas de tendencias y a estructuras o esquemas y que no son leyes científicas propiamente dichas”. (Bunge, 1969: 645).

Sin embargo, aún nos queda bastante por recorrer en nuestra pretensión de crear una Historia “teórica”, “positiva” (científica), sometida a “leyes” o construcciones abstractas (estructuras), y este trabajo pretende ser de alguna manera, un estímulo incentivador que nos haga meditar a todos sobre el auténtico problema que se plantea y que no es otro en síntesis, que la acomodación de la Historia a las necesidades de la vida moderna que vienen dadas, ya sea por una nueva visión de la misma que rechaza la temporalidad lineal, ya sea por el surgimiento de nuevas disciplinas que posibilitan un nuevo enfoque de las ciencias sociales (teoría de la información, teoría general de sistemas, dinámica de sistemas, teoría de catástrofes, teoría de conjuntos borrosos...) ya sea por un desarrollo de los medios técnicos y materiales de información o visión (ordenadores, proyectores de cine y diapositivas, transparencias...) que no resultan tan inalcanzables técnica y económicamente como ordinariamente se cree (al menos para determinados ámbitos culturales o académicos) sino que muchas veces por desconfianza, desconocimiento o abandono, llegan a “pudrirse” llenos de polvo, en algún rincón del laboratorio, sin nadie que se digne o se atreva a usarlos. Y es que, en palabras de Bryan Haworth, “la tiranía de la palabra escrita domina todavía la enseñanza de la Historia en un tiempo en que la comunicación ha llegado a ser multidimensional “. (Haworth, 1977: 35).

Por todo ello se hace preciso la búsqueda de una “tercera cultura”, la necesidad de un “reencantamiento del mundo” (Rodríguez Ibáñez, 1981), aplicando las modernas técnicas cibernéticas a la investigación histórica y ello no ha hecho sino acrecentar la necesidad de una nueva metodología ya que tales ingenios han aumentado, tanto la información de la que disponíamos como la capacidad de toma de decisiones en términos superiores a los habituales. En efecto, el hombre que cumple la función de transformador de la información, es también objeto de estudio de la Cibernética que se interesa por los procesos analíticos de su mente, por su capacidad de

prever acontecimientos, y lo que es más interesante para nosotros, por la capacidad de diseñar la táctica y estrategia del funcionamiento del sistema político y social.

Ello no significa no obstante, considerar al hombre en la Historia como un robot o un autó-mata sino hacer hincapié en un nuevo modelo de hombre inmerso en un mundo contemplado desde otro punto de vista: el mundo como organización, que sustituye el concepto de "robot" por el de "sistema".

Pero volviendo de nuevo a la pregunta que nos ocupa, sobre si es o no posible y oportuno hablar de "leyes" en los procesos históricos, conviene señalar que si entendemos la ciencia como "exactitud de dos decimales" (R. de las Heras, 1983: 57) lógicamente, no existirán tales leyes. Sin embargo, la cuestión de las regularidades o constantes históricas sí tiene sentido, aunque ello no implique necesariamente la inevitabilidad histórica (determinismo). Es lo que Topolsky denomina, aunque ofreciendo otra interpretación, "determinismo moderado" o dialéctico (Topolsky, 1973: 198).

Por tanto, no se trataría de predecir ajustadamente el futuro histórico, a partir del pasado, por medio de leyes mecanicistas, sino de apuntar una serie de probabilidades que, dependiendo de la característica de los acontecimientos estudiados, pueden acercarse a la certidumbre en mayor o menor medida. Además siempre debe quedar un hueco susceptible de ser ocupado por la "indeterminación", la "incertidumbre", el "error", el "desorden", el cual es inseparable, complementario y, al mismo tiempo, antagonista del orden y de la organización (Morin, 1982: 107), o por aquello que representa un "límite epistemológico" difícilmente superable. Es como el meteorólogo que predice el tiempo y que obviamente, no tiene por qué acertar pero hará todo lo que esté en su mano porque así suceda, sirviéndose de "leyes" atmosféricas.

Y es que además, la propia complejidad derivada de las relaciones del objeto de estudio con su entorno nos lleva a dudar de la veracidad de aquella célebre aseveración del "Hamlet" shakesperiano: "ser o no ser". Se rechaza pues, la lógica binaria tradicional lo cual impide ciertamente, que hablemos en Historia, de héroes y de cobardes, de verdades y de falsedades, de sociedades verdaderamente justas "versus" injustas, de culpables o de inocentes en su integridad.

Debe quedar bien claro que nuestra actitud no pretende ser excesivamente ambiciosa ni pretenciosa. Sólo tratamos en realidad, de asomarnos con curiosidad, a la ventana de un edificio histórico que todavía está por construir, por lo que la utilización de un conjunto de metodologías o disciplinas teóricas, de la naturaleza de las que aquí se han reseñado (teoría de conjuntos borrosos, teoría de la información, sistémica...), sólo parece justificable si es con la intención de echar mano de las herramientas necesarias para afrontar el problema, disponiendo así de unos rudimentos teóricos básicos de partida, perfectamente relacionables social, política o económicamente. En feliz expresión de Rapoport, nuestra motivación originaria debería ser:

"Tengo un problema: ¿dónde puedo encontrar herramientas para resolverlo?" en lugar de: "Tengo una herramienta: ¿dónde puedo aplicarla?" (Parra Luna, 1983: 33).

Por otro lado no pretendemos en absoluto, quedarnos simplemente en la teoría, pues somos conscientes de que la finalidad esencial del historiador al hacer historia es darla a conocer, divulgarla en los variados niveles de la enseñanza, sin necesidad de circunscribirla exclusivamente al mundo universitario. Varios fueron los objetivos específicos que nos marcamos, en este sentido:

- Abandono progresivo por parte del alumnado de toda superespecialización desmedida en los tiempos que corren, tanto en lo que se refiere a niveles educativos preuniversitarios como universitarios.

– Introducir en el alumno una visión globalizadora de los acontecimientos y de las relaciones entre ellos que no se limite únicamente a su asignatura, relacionando la Historia con disciplinas tan variadas como la sociología, la economía, la filosofía, la informática o las matemáticas.

– Aproximarnos de esta forma a la idea de enseñanza integral en la que tanto énfasis se suele poner pero que por desgracia, poco se suele practicar.

– Estimular en el alumno el proceso de razonamiento hipotético-deductivo, de mayor rigor científico, que le permita estudiar por sí mismo, elaborar sus propios modelos teórico-didácticos, sus esquemas e hipótesis de trabajo para que en definitiva, se comporte como un historiador, frente a la idea de la Historia como una disciplina ya elaborada, que a menudo le transmitimos los propios profesores.

Creemos en este orden de cosas, que el enfoque sistémico de retroalimentación, con ayuda del ordenador, significaría un auténtico avance en la didáctica de nuestra disciplina.

Que nuestro intento no caiga del todo en saco roto dependerá de nosotros mismos, de nuestra labor y de la labor de los demás. Así lo evidencia M. Bunge:

“Todo depende de la existencia de científicos de orientación teórica dispuestos a correr el riesgo de proponer teorías que acaso no consigan dar razón de los datos o que sucumban a la primera acometida de nueva información buscada para contrastarlas: esto exige bastante valor moral, especialmente en una época dominada por el criterio del éxito: la mejor manera de asegurarse el éxito académico consiste, naturalmente, en no tocar problemas serios. Parecen, a pesar de todo, ciertas dos cosas: que la teorización prematura será probablemente errada –aunque no estéril–, y que el retraso grande en teorizar es peor que cualquier número de fracasos, porque promueve la acumulación ciega de información que puede resultar en su mayor parte inútil, y la gran masa de información puede hacer casi imposible el arranque de la teorización”. (Bunge, 1969: 418).

Sólo si nos lanzamos a esta aventura evitaremos ser las “víctimas” de lo que A. Toffler llama el “shock del futuro” (Toffler, 1970).

3. ¿EL FIN DE LA HISTORIA? ANÁLISIS Y REFUTACIÓN DE ESTA PROPOSICIÓN

Un comentario aparte para concluir, merece el controvertido y polémico libro de F. Fukuyama (Fukuyama, 1992). El “fin de la Historia” vendría marcado a su entender, por la democracia liberal, forma final de gobierno, libre de contradicciones internas fundamentales.

Desde un punto de vista filosófico, el punto de partida del pensamiento de Fukuyama viene a ser el pensamiento de la Ilustración, concebido como una lucha entre la razón y la ignorancia, entre la libertad y el despotismo. El triunfo final de la razón coincidiría con ese “final” y la revolución francesa y su heredero, el sistema liberal-democrático, serían los encargados de plasmar en la realidad el ideal social del Siglo de las Luces.

No obstante, aunque la sociedad industrializada en la que vivimos nos ha liberado ciertamente, de los prejuicios y supersticiones que atenazaban a los hombres y mujeres del siglo XVIII, en cierto sentido hemos pasado a ser esclavos de esta sociedad alienante, del desarrollo técnico y científico. De manera análoga, la razón de los pensadores ilustrados que pretendía liberar y hacer feliz al hombre se ha deteriorado, dando paso a la “razón” actual que pretende justificar en todo caso lo establecido, consiguiéndolo sólo a medias.

Nosotros consideramos, contra la tesis defendida en el libro, que la idea de progreso histórico se mantiene constante y debe ser entendida como permanente adecuación del sistema político al ecosistema social. En efecto, aunque un mundo compuesto por democracias liberales ofrece tal vez, menos incentivos bélicos no obstante, tampoco este orden político es capaz de satisfacer por completo, los anhelos y aspiraciones sociales que desembocan a veces, en patologías y heterogeneidades políticas y sociales (actitudes de violencia y terrorismo anti-sistema, delincuencia organizada, drogadicción, atentados contra el medio ambiente, frivolidad consumista...) y en consecuencia, como se puede comprender, al no encontrar el sistema político su punto óptimo en su situación relacional respecto a su ecosistema social, tiene que pagar un cierto desajuste que paulatinamente, deberá tratar de corregir.

El que de este hecho se derive o no un nuevo orden político y social dependerá de que el sistema logre o no integrar en su seno, todo ese haz de desviaciones emergentes, ya sea por las buenas (dialogando y asumiendo total o parcialmente los postulados “heterodoxos”) o por las malas, mediante “feed-backs” negativos, esto es, mediante controles correctivos y represivos de orden policial.

Y es que la Historia presenta en su “estructura” al mismo tiempo, rasgos de permanencia y de cambio lo que significa que diacrónicamente, emergerán nuevos “conceptos” aunque se mantengan otros fundamentales, con lo que la propia estructura gana en dinamismo. Ello explicaría al menos en parte, el carácter “incompleto” de las revoluciones históricas pues nunca suponen un cambio tan radical, tan brusco, de las estructuras sociales, económicas o políticas de un país como para hacer “tabla rasa” completa del pasado, conservándose instituciones, leyes o impuestos del antiguo régimen.

En resumen, nuestra concepción de la Historia se acomoda a un proceso dialéctico de control. En este modelo, la “tesis” vendría representada por los valores propios definidores del orden sociopolítico en vigor –en el supuesto liberal, hablaríamos de libertad, igualdad, propiedad, derechos y deberes ciudadanos, soberanía nacional...-. La “antítesis” incluiría todo aquello que no es absorbido por el sistema, al menos momentáneamente (desviaciones y disfunciones sociales patológicas) y que, aunque obviamente queda fuera de aquél, puede actuar en un momento dado, de motor del cambio. Puesto que cada “síntesis” por fin, suprime o al menos suaviza, la oposición tesis-antítesis, pero al mismo tiempo mantiene lo positivo de ambas, es evidente que, desde este punto de vista, el proceso dialéctico es un proceso de perfeccionamiento, en tanto consideremos la perfección como el continuo ajuste (capacidad adaptativa) del sistema a las estimulaciones y variaciones del medio y a la función encomendada, aspecto éste que caracteriza la explicación sistémica de los fenómenos del cambio social y que lo distingue del enfoque estructural funcionalista, marcadamente estático.

Existe pues una dirección en la historia del hombre, pero no una forma final de gobierno. Ni la bondad del Estado liberal (Hegel) satisface los anhelos más profundos de la sociedad, ni la sociedad comunista (Marx) ha sido en la práctica, la panacea contra los males del capitalismo.

La lógica de la ciencia histórica se niega a aventurar el próximo fin de la Historia pues los sistemas sociales y políticos tienen rasgos teleológicos, evolucionando continuamente hacia la consecución de unos objetivos, hacia unos estados diferentes a los iniciales que pueden significar o no la quiebra del sistema. La lucha por el “reconocimiento” social se mantiene, pues.

BIBLIOGRAFÍA

- R. DE LAS HERAS, A.
(1981) "Teoría, Método y Laboratorio en (Historia)". *Estudios de Historia de España*. Ed. Universidad Internacional Menéndez Pelayo. Santander.
(1983) "Los obstáculos para una didáctica de la Historia". *Notas en torno a la enseñanza de la Historia*. Ed. Institución Cultural "El Brocense". Cáceres.
- MORIN, E.
(1982) *Ciencia con consciencia*. Ed. Anthropos. Barcelona.1ª.
- BUNGE, M.
(1969) *La investigación científica*. Ed. Ariel. Barcelona.1ª.
- HAWORTH, B.
(1977) "Film in the class room". *Las dos culturas y un segundo enfoque*. Ed. Alianza. Madrid.1ª.
- RODRIGUEZ IBÁÑEZ, J. E.
(1981) "Habermas y Parsons: la búsqueda del reencantamiento del mundo". *Revista española de Investigación Sociológica*, 16. 230-243.
- TOPOLSKY, J.
(1973) *Metodología de la Historia*. Ed. Cátedra. Madrid.1ª.
- PARRA LUNA, F.
(1983) *Elementos para una Teoría Formal del Sistema Social*. Ed. Universidad Complutense. Madrid.1ª.
- TOFFLER, A.
(1970) *El shock del futuro*. Ed. Plaza Janés, S.A. Barcelona.1ª.
- FUKUYAMA, F.
(1992) *El fin de la Historia y el último hombre*. Ed. Planeta, S.A. Barcelona.1ª.